

27.04.2008 | Clarin.com | Viajes

DIARIO DE VIAJE :: ESPAÑA

Zaragoza: eterna, como el agua y el aire

Una mirada a la mayor ciudad del valle del río Ebro que se prepara para celebrar, durante tres meses, la monumental Expo Zaragoza 2008.

IMPRIMIR

Alejandro Stilman

Las ciudades son tal vez la evidencia más tangible y contundente del quehacer humano. Y sus transformaciones el correlato de los vaivenes que les depara la historia. Zaragoza es una palpitante prueba. En sus calles los tiempos hablan. Desde el vértice del presente se revaloriza el pasado y se convoca al futuro: mientras que hace apenas 36 años, en pleno corazón de la ciudad se descubría y reflataba un teatro romano de antes del siglo II, en el próximo mes de julio abrirá sus puertas Expo Zaragoza 2008, un evento mundial que combinará foros de discusión sobre el agua y el porvenir del planeta con un grandioso programa de espectáculos.

Zaragoza la romana, mora de las morerías, cristiana y también judía resume con base de flamenco una canción emblemática. Capital de la provincia de su mismo nombre en el nordeste de España, la ciudad compone junto a Huesca y Teruel la Comunidad de Aragón. Cruzada por el Ebro y con la cordillera de los Pirineos como techo, sus calles y sus puentes son barridos por el cierzo, un viento helado y seco que sopla desde las sierras del Moncayo. Esas ráfagas que ponen la carne de gallina son las que en el año 24 aC. despeinaron al emperador César Augusto cuando fundó Zaragoza, y son las mismas que 18 siglos después, allí mismo habrá conocido el genial Francisco de Goya. Pero mucho corrió el Ebro entre César Augusto y Goya: a la decadencia romana le sucedieron los visigodos, luego vino el esplendor del islam hasta que en 1118 irrumpió Alfonso I, tomó la ciudad y la convirtió en la capital del Reino de Aragón. Más tarde -unos 700 años más tarde-, tras la invasión napoleónica, Zaragoza casi desapareció de la faz de la tierra. Sin embargo, el cierzo no paró de soplar y la ciudad se levantó de los escombros. Un par de bombas fechadas en 1936 y exhibidas en la Basílica del Pilar, verifican el paso de la Guerra Civil. Luego vino la dictadura franquista, la democracia y la instalación de la General Motors que marcó el despegue económico de la Zaragoza moderna, la de las tiendas de marca y las peatonales; la de los circuitos de tapas y los museos; la de las escapadas a deliciosos pueblitos medievales y la del inagotable cierzo, que sigue y sigue soplando.

Te miran a los ojos

La sugestión está fundamentada en Zaragoza: se pisa distinto cuando se tiene conciencia de que lo que tocan las suelas fue trajinado, hace centenas o milenios, por otras generaciones de pisadas. Y para no resignar esas suertes de deja vu imperfectos pero deleitosos, el viajero debe hacer algunas visitas. Personalmente, los alardes arquitectónicos del clero y los militares -catedrales o cuarteles- me conmueven como evidencia de sus delirios de grandeza, de su poder plasmado en las formas que les imprimieron a sus posesiones para encausar el alma de la

plebe o desanimar el ímpetu de los invasores. Y eso más allá de las maravillas artísticas con que por lo general están peterchadas.

Yendo por la Calle de Alfonso, una peatonal como Florida, pero más corta, se desemboca en la plaza de Nuestra Señora del Pilar donde se alza la Basílica de las cuatro torres, un centro de peregrinación mundial.

Unas cuadras atrás, Roberto Ayala, el ex capitán de nuestra Selección y actual jugador del Real Zaragoza dio su versión sobre los zaragozanos: "Tienen fama de gente ruda, pero te miran a los ojos cuando hablan; cuando escuchan, te hacen sentir que estás, no te tratan como si fueras transparente".

Se llama Pilar -dijo Pilar, la guía que nos guió contando la historia que se cuenta- porque aquí, se dice, apareció la Virgen con ese pilar de jazpe recubierto de bronce, que designó el lugar para la construcción de la Basílica. Pilar mira a los ojos haciendo que no te sientas transparente y señala una de las once cúpulas con la bóveda del Coreto: allí, a 28 metros del suelo, un joven Goya estampó su primera gran obra, la Adoración del nombre de Dios, un fresco de cien metros cuadrados.

Románico, mudéjar, gótico, barroco. Todos los estilos caben alrededor de esas dos bombas oscuras colgadas de las paredes y las ofrendas que se exhiben en un apartado, entre ellas los aretes que dejó Eva Perón durante su gira europea. El ascensor nos eleva por la torre de 81 metros. Es barroca, pero luego del ascensor se sigue a pie por una escalera de cemento y metal, onda loft, que le suma posmodernidad a la línea del tiempo.

Desde arriba se ven los Pirineos, el Ebro, las obras de la Expo, las cúpulas de tejas policromadas, el casco antiguo. Pilar indica la que fue la zona romana, la musulmana y la de la época medieval. ¿Es religioso el zaragozano? Boca fruncida, cejas enarcadas, Pilar duda. La misa es continua, desde las siete de la mañana hasta las ocho de la noche. En invierno, en la Catedral, los jubilados conversan y pasan horas bien caldeados como parroquianos en un bar. Así es la Basílica para los vecinos, un ámbito cotidiano. No sucede lo mismo con la Catedral del Seo, en el extremo opuesto de la plaza, más conservada, impecable, y quizá por eso, al parecer, menos popular.

El agua como música

En el oeste de la ciudad, sobre la avenida de Madrid ante las murallas y los torreones semicirculares del Palacio de la Alfajería se olfatéa aquello del poder acuñado en las formas. Lo construyeron los árabes en el siglo IX; a partir de 1100 se convirtió en alcázar de los Reyes Católicos; con Pedro IV sobrevivieron las reformas del arte mudéjar; luego fue sede del Tribunal de la Inquisición, más tarde cuartel, cárcel, y desde mediados de 1980 las Cortes de Aragón debaten allí sus leyes. Y todo este tránsito dejó su huella. La primera planta pertenece a la época del Palacio Taifal. Desaparecieron las fuentes. El agua -dice Pilar- era la música funcional de los musulmanes. Las columnas y las arquerías con esos imposibles bordados consumados en la piedra se extienden por nichos y portadas hasta la mezquita.

Subimos. Cuarenta escalones nos llevan a la dimensión de los Reyes Católicos. Vamos por galerías y antesalas hasta el Salón del Trono. Abruma, honestamente, esa decoración de relieves filigranados que recubre los techos.

La UNESCO declaró en 2001 Patrimonio de la Humanidad al arte mudéjar aragonés y a sus construcciones de la Alfajería. Antes, Giuseppe Verdi ya la había inmortalizado con Il trovatore. No casualmente, así es como se conoce a su gran torre cuadrangular. La leyenda y la realidad se

entraman en la Alfajería. Un Cid Campeador de carne, hueso y espada transitó por allí al servicio del rey moro y, en la Torre del Trovador Cervantes localizó a la cautiva Melisendra, en el Quijote de la Mancha.

Cárcel en la Inquisición y se sospecha que hasta en la Guerra Civil, hay en las paredes inscripciones dejadas por los presos. Todos los hombres son prisioneros de su tiempo y Goya también dejó sus marcas. Aunque nunca estuvo preso en la Torre del Trovador, fue un trovador que figoneó la locura del mundo. De todo esto nos hablaron -la noche que conocimos el cierzo, ese viento- los actores callejeros que evocan al mayor artista de Aragón -junto a Luis Buñuel, claro.

La troupe se llama "Gozarte" y propone distintas visitas teatralizadas por el casco antiguo. Los sueños de Goya es uno de ellos, y lo conduce una maja fugada de sus cuadros que lleva a un demoníaco aquellarre.

La experiencia se articula con una exposición "manual" del autor de Los horrores de la guerra, la que Goya vio y pintó durante las invasiones francesas ganándose el título de "el primer cronista" en esas lides. Las reproducciones surgen del portafolios que carga el narrador y la puesta termina en donde empezó, junto al monumento a Goya, en la plaza del Pilar, ante el Ayuntamiento.

El tiempo no para

El Heraldo de Aragón da cuenta esta mañana de dos puertas antiguas que acaban de ser descubiertas en la Catedral del Pilar, durante las nuevas obras de restauración. Como si los arqueólogos vivieran embriagados -por los barcos de El Tubo o Santa Marta, algunos de los rumbos de tapas de Zaragoza- y cada tanto detectaran algo que se les escapaba. Y si fuera así, bien que harían: es imperdonable no tapear en España. Mientras tanto, del otro lado del Ebro, miles de operarios apuran los trabajos para la Expo de julio (ver Un evento para...).

Participarán 102 países y habrá, entre pabellones y plazas, unas quince áreas temáticas, todas monumentales por diseño y arquitectura. Además de los debates y paneles de especialistas sobre el agua y el desarrollo sostenible, la cartelera de espectáculos integrará 3.400 actuaciones y un total de 350 elencos de todas las artes entre españoles y extranjeros. A las presentaciones del Cirque Du Soleil, De la Guarda, Zubin Mehta, Montserrat Caballé, Daniel Barenboim y otros, se sumarán las intervenciones sobre el río, a cargo de artistas del circuito internacional. Pero el tiempo no para. El AVE, el tren de alta velocidad, pulveriza la distancia que hay de Zaragoza a Madrid o a Barcelona y en las vidrieras del centro no falta la notebook, el celular ni los zapatos que se requieren para ir a la moda. Cuarenta y cinco mil o más de los casi 700 mil habitantes de la ciudad estudian en la Universidad. No se ve -no hemos visto- gente durmiendo en las calles y trabajo, al parecer, no falta. Otros argentinos que conocimos, un guardia de la Expo y un mozo de una taberna, hablaron maravillas. Viven, ahorran y juran no poder quejarse.

En este mediodía dedicado a revisar la Zaragoza moderna, nunca lluviosa -las lluvias son excepcionales ahí- se vuelve un hallazgo llegar al barrio de La Romadera y entrar al Auditorium, un complejo de salas para conciertos y congresos que deja sin palabras.

En el interior de lo que se definiría como la versión actualizada de una catedral, con 90 columnas de casi 30 metros de altura y una sucesión interminable de cúpulas abovedadas de madera por techo está la fabulosa Sala Mozart -semi enterrada, en forma de pirámide invertida.

Es una de las cuatro salas con que cuenta el Auditorium y la que ostenta la tercera mejor acústica del mundo. No existe "grande", en términos de música o danza que no haya aparecido en esta cartelera y sólo un indiferente a ultranza negaría la superlativa belleza de su platea compartimentada en gajos que confluyen hacia el escenario.

Haya paz

El viejo Mercado, a cuatro cuadras de la peatonal Alfonso, es de principios del 1900. Un kilo de tomates allí cuesta casi lo mismo que el kilo de tomates en Buenos Aires. En frente, los restos de la antigua muralla romana -como diría la publicidad de una tarjeta- no tienen precio. Tampoco tiene precio, nos aseguran, una escapada al castillo de Loarre. Y hacia allá encaramos.

La ruta apunta al Norte por una llanura alterada por macizos rocosos. Hay almendros y cerezos. Es tierra arisca.

El Loarre tiene un milenio y ocupa una hectárea recortándose sobre un peñasco que pertenece a las estribaciones de los Pirineos. Lo bordea la clásica muralla y sobre la puerta que accede a la edificación medular una inscripción en latín pide a quién leyese, un rezo por un siervo de Dios, Tuglas, que murió el día 30 de noviembre de 1906.

Adentro no se huele a Disney, sino a estiércol y a basura, porque ahí paraban los pastores y sus cabras antes de que le hecharan llave, avisa Alberto González, el guía que nació en San Mateo, un pueblo cercano, mientras hunde en la cerradura un hierro dentado y nos deja pasar.

González cuenta lo que sabe, lo que le parece o lo que prefiere que creamos. Dice que el castillo fue atacado, sitiado y rendido por los moros, aunque el libro que acabamos de comprar apunta que "no sufrió ni asedios ni destrucciones bélicas".

Las escaleras se bifurcan y llevan a la cripta, a la iglesia, al patio de armas. Más adelante, a la cárcel y a la llamada Torre del Homenaje, el último reducto.

Quien piense que sería un buen escenario para una película, sepa que Ridley Scott, el director de Blade Runner, le ganó de mano. Allí filmó, hace unos cuatro años, con Orlando Bloom y Jeremy Irons El reino de los cielos.

El castillo es uno de los mejor conservados de toda España y desde su privilegiada ubicación se ve el pequeño pueblo de Loarre, el pantano de las Navas y la llanura que baja y se pierde España adentro. Detrás, los Pirineos y, a pocos kilómetros, Francia.

González nos habla de cantos gregorianos y de sesiones de exorcismos. Su voz reverbera con una acústica de caverna bajo los techos de piedra. Explica que para conservar el agua de lluvia que alimentaba los aljibes se arrojaban anguilas, las que naturalmente se encargaban de depurarla. González dice que había mil formas de tomar un castillo, especialmente ésa: contaminando el agua; una elemental y temprana manera de guerra bacteriológica. Y vuelve a hablarnos de las anguilas, del agua.

Justamente del agua, recordamos nosotros, trata la Expo que se viene y en ese momento una estela blanca le hace un tajo al cielo celeste. "Esa sí que es otra guerra", señala González y aclara que se trata de uno de los "avioncillos" de la OTAN -con acento en la primera vocal-, en alusión

a sus bases cercanas o tal vez al agua, no se sabe.

Empieza a refrescar. El guía nos acompaña hasta la muralla. Confiamos en que tendremos otra excelente noche de tapas. ¡Estamos en España, hombre! Y si hay un brindis, que sea sin agua, y por la paz.

<http://www.clarin.com/suplementos/viajes/2008/04/27/v-01659915.htm>

IMPRIMIR

Copyright 1996-2008 Clarín.com - All rights reserved